



*DEL TIEMPO PASADO:
¿POR QUE FUE EXPULSADO
DE MEXICO
SIMON BOLIVAR?*

Artemio de Valle-Arizpe



Al Bachiller don Carlos Pellicer y Cámara

Se hallaba el grave y pausado Oidor de la Real Audiencia, don Guillermo de Aguirre, oficiando ante una rebotante jícara de espumoso chocolate bien rodeada de bollos, de los dorados y fragantes que salían del convento de la Concepción, cuando le anunció su esclavo negro que allí estaba un joven que quería hablarle, que ya lo había hecho entrar en la asistencia y que por su uniforme militar se sacaba que no era de estas tierras.

Terminó el señor Oidor su sabrosa merienda y fue lentamente hacia la asistencia para ver e informarse qué deseaba de él ese desconocido. El desconocido entretenía la espera ya hojeando unas aburridas gacetas o viendo, en

uno de los muros, un amarilloso y enorme plano de la ciudad de México hecho por un tal Diego García Conde.

Era gallardo, fino, el joven forastero. Era un adolescente pálido que tendría a todo echar, diez y seis años. Sus ademanes eran elegantes y fáciles, su andar decidido, sus ojos brillaban con una luz singular, miraba como ahondando, queriendo como descubrir el porqué de las cosas; era ancha y desembarazada la frente, el pelo todo tendíase hacia atrás, y en su boca corría siempre una amplia sonrisa de bondad. Presentó al Oidor una carta comendatoria firmada por el Intendente don Esteban Fernández de León.

Aunque en la carta se ponía, dijo llamarse Simón Bolívar, que era natural de Caracas, que allí nació en el año 1783, en junio, el día 24; que aquel uniforme que vestía era el de las Milicias de Aragua de las que era teniente y de las que su padre, que en gloria estaba, fue coronel. En el acto entró el joven en la buena voluntad del Oidor que se puso a hablar con él como si ya de antiguo lo conociera. Refirió el mozo que se había hecho a la vela en la Guayra, en el navío *San Ildefonso*, que él iba a España enviado por su curador don Carlos Palacio con el buen fin de completar estudios, que él deseaba ir a Inglaterra, pero que a España le dijo D. Carlos y que a España iba a oír leer cátedras en sus universidades famosas; que como el navío hacía la ruta por Veracruz en donde se había detenido para embarcar los gruesos caudales que se mandaban a la Península, junto con géneros y barras de oro y de plata, aprovechaba contento ese tiempo para subir a México cuya fama lo atraía. La palabra del apuesto mancebo era fácil, vivaz, colorida con expresiones pintorescas. Mecía Bolívar las sílabas finales con un dejo cadencioso. Subrayaba sus frases con ademanes fáciles, las caldeaba a menudo con su entusiasmo, poniendo en ellas un vivo fervor y siempre las iluminaba con una sonrisa buena. Siguió contando que ya había estado en Jalapa y que también en la Puebla de los Angeles, habló de la apretada exuberancia de las tierras de la costa, del lánguido encanto de sus mujeres, de lo mucho que le sorprendieron las industrias y manufacturas poblanas y

también habló, maravillado, de sus mármoles y lechosos tecalis. El quisiera tener un palacio, allá en su tierra, decorado con tecalis y azulejos. Y dijo largamente del aspecto nobiliario y majestuoso de la angélica ciudad de la Puebla llena de torres numerosas.

El Oidor, don Guillermo de Aguirre, le oía complacido. El Oidor estaba en las cumbres de un deleite grande oyendo a aquel bello mancebo tan desenvuelto, de tan irresistible simpatía y de palabra tan caudalosa. El Oidor le preguntaba más y más cosas para que alargara la conversación en la que a menudo saltaban agudas observaciones, en la que había muchos donaires y se asomaba una perspicacia genial. El Oidor lo convidó a su mesa para el día siguiente; ya llevaría a ella, le dijo, a algunas personas de calidad para que las conociera y con cuyo trato, era indudable que recibiría gusto y placer.

Don Guillermo de Aguirre le ofreció con insistencia cariñosa aposentarle en su casa, pero el joven Bolívar le manifestó que agradecía en mucho el favor, pero que ya estaba alojado en la de los Marqueses de Uluapa para quienes, entre otros personajes de la ciudad, había traído amplias cartas de favor. Que don Alejandro Cosío, el Marqués, era hombre amable que lo llenaba de exquisitas atenciones, de solícitas amabilidades, al igual de su esposa doña María Josefa Rodríguez de Velasco, pero, principalmente se singularizaba con él la hermana de esta buena señora, la impetuosa doña María Ignacia, llamada por todos la Güera Rodríguez, mujer muy decidora, vivaz y muy alegre, que lo tenía siempre prendido en el encanto fácil de su conversación.

Sonrió con discreta malicia el grave Oidor, pues bien sabía que la Güera hacía caso de la buena figura y que admitía solaces y el Oidor, para mejor disimular su sonrisa, tomó un polvo de su caja de carey y lo sorbió con larga delectación y en seguida dijo a Bolívar que siguiese en la casa de los de Uluapa ya que así lo deseaba, pero que él sería quien lo sacara a recorrer la ciudad para mostrarle las cosas notables y bellas que encerraba y que si la Güera Rodríguez quería venir con ellos, entonces sabrosamente

se divertirían los ánimos con la picante gracia de sus pláticas.

El Oidor le tomó a Bolívar amigable afición; honrábale como si le fuese su superior. A diario salía con él de paseo y le iba mostrando las grandezas de México. Lo presentó a maestros de la Real y Pontificia Universidad, a canónigos, a oidores, a todas las gentes de más pro y más calificadas de la ciudad. Fue Simón Bolívar, el CARAQUEÑITO, como le llamaban, a las tertulias que había en las casas nobles, en donde las damas lo traían gozosamente en palmas; conoció al señor Arzobispo, al Virrey, asistió a los saraos de Palacio y en todas partes lo recibían con claras manifestaciones de agrado, pues con su mucha viveza y donosura tenía recomendación para las voluntades.

El Virrey don José Miguel de Azanza gustaba mucho de conversar con Bolívar; recibía placer oyéndolo discurrir, siempre con amenidad y soltura, sobre todas las cosas. Convidaba al despejado CARAQUEÑITO a pasear en quintrín, lo convidaba a su tertulia, lo sentaba complacido a su mesa y no se cansaba de su presencia, ni menos aún de su charla, pues era Simón Bolívar afable y gustoso en sus palabras.

Pero una tarde resbaló lo ameno de la conversación a cosas de la política y ¡qué ideas terribles fueron entonces las que Bolívar sacó a relucir de modo brillante, con qué habilidad y talento las desarrollaba ante los ojos asombrados, atónitos, de los pacatos tertulios! Era peligroso hablar de política y más aún sacar a plaza, ante el mismo Virrey, esos temas escabrosos y todavía más peligroso el defenderlos. Ni en voz baja y tras el alto embozo de las capas, nadie en la ciudad, se atrevía a comunicar sus pensamientos. En esta América feliz no se podía discutir nada, pues aquí los vasallos del Monarca, nacieron sólo para callar y obedecer y no para discutir ni opinar en los altos asuntos del gobierno, como bien claro lo expresó así el furibundo Virrey de Croix.

Bolívar seguía exponiendo sus ideas, pero don José

Miguel de Azanza echó con habilidad la plática por otro sendero y se quedó horrorizado y muy sorprendido de que así pensara su amigo el CARAQUEÑITO. —Va, se decía a sí mismo, por caminos muy extraviados y malos, pues, ¿qué es eso de la independencia de América? Vamos, que no está en sus cabales ese muchacho de espíritu tan fino.

Pero a la otra tarde, y ante las muchas personas que acudían a la tertulia del real palacio, la conversación, llevada con inconsciente timidez por alguien, volvió a caer al sucio hondón de la política de Carlos IV. No le importó a Bolívar la imponente presencia del Virrey Azanza, sino que con todo el desenfado de sus años mozos, puso su entusiasmo en alabar y en justificar la conspiración que hacía poco tiempo que se descubrió en Caracas y volvió a defender con más ardoroso fervor los justos derechos de la independencia de América, elogió a los hermanos Avila por su anhelo de separar la Nueva España de la Corona, y dijo después muy lindas cosas del bonachón Carlos IV, que ocupa lugar preeminente entre los maridos consentidores.

Todos los apacibles tertulios estaban pasmados de su audacia y de su valor. Tenían helada el alma. Se miraban unos a otros con asombro, removiéndose en los asientos de damasco. Las manos titubeaban, temblorosas, para coger las jícaras de chocolate, no podían partir los frágiles pasteles ni los encanelados rosquetitos; las leves copas con agua fresca, entrechocaban en los dientes. Había toses discretas y discretos cuchicheos. Bolívar seguía hablando con exaltación ardorosa. El Virrey Azanza, con mucha gentileza, le cortó la palabra. Se disolvió en el acto la tertulia y todos los señores se fueron a sus casas llevando muy alterados los pulsos.

El Virrey detuvo al circunspecto Oidor don Guillermo de Aguirre, y le dijo que cuanto antes, sí, que cuanto antes, debía de despachar para Veracruz a ese inquieto mancebo que ya veía que era harto peligroso y, además, era arriesgado que permaneciera más tiempo en la ciudad por la que pronto se pondría a desparramar sus malas y terribles ideas, que al soltarlas allá en España, de

fijo que lo echarían, como era merecedor, en la obscuridad de una cárcel, porque era indiscutible la política sabia y benévola con que regía a España y a sus dominios el excelente Rey Carlos IV, a quien Dios guardara por muchos años.

El Oidor, también muy espantado indicó al fogoso Simón Bolívar, con los más largos circunloquios que encontró, que ya era buen tiempo de que dejara a México y se fuese a tomar el navío a Veracruz, porque, según fieles noticias, el *San Ildefonso* iba a anticipar la partida, levando anclas en unos cuantos días y que sólo yéndose en seguida, tendría apenas tiempo de alcanzarlo, pues ya en los quince días que había estado en México había visto lo que encerraba la ciudad de más hermoso y principal.

Bolívar bien que comprendió que deseaban que se fuese y que por eso era esa premura. Comprendió bien que lo echaban del país, aunque con dulce amabilidad cortesana. Y se fue el gallardo mancebo como vino, altivo, sonriente, afable.

La casa en que se alojó es la que tiene el número 51 en la calle que por honor a él se llamó de Bolívar. Una placa de mármol dice que allí vivió el Libertador, año de 1799.

(El Universal, México, D.F.)

En: *Repertorio Americano*. Volumen 10, N° 7, 20 abril de 1925. Págs. 99-101.

